

la hazaña era saludada con sonoras carcajadas de los rudos soldados y de los colegiales.

Los jalapeños presenciaban, por primera vez, espectáculos nunca vistos ni por ellos ni por sus antepasados. Así, se extrañaban de la abigarrada masa de voluntarios, portando caprichosos trajes, fumando largas pipas, comiendo el pan con velas de cebo en lugar de mantequilla, saboreaban piñas y tunas con todo y cáscara, y no era extraño verlos con una bacinica de barro colgaba del brazo, llena de leche, en la cual ponían zarzamoras, guindas y otras frutas; les gustó sobremanera el aguardiente de caña, y fué tal el desorden en su alimentación, que pronto se produjo una terrible epidemia de disentería, que les ocasionó grandes bajas. Los muertos eran conducidos al panteón, en "un sencillo ataúd de pino pintado de negro y llevado en hombros, marchaban silenciosamente y cabizbajos oficiales o soldados al compás de una sinfonía de pitos, que es lo más triste que he oído" (56).

A pesar de todos los excesos cometidos y del desarreglo de los cuarteles, grandes cosas eran de admirar en los invasores: el gran respeto a la mujer; los oficiales conocían y practicaban sus obligaciones militares, y algunos principalmente entre los artilleros e ingenieros, eran finos e instruídos y de agradable trato y "fueron conquistando los invasores con política a la población (el citado, se refiere a Puebla), yendo muchos a oír misa, quitándose el sombrero al pasar un clérigo, y aun arrojando limosnas en las alcancías de los Santos Lugares; los oficiales decían que venían a salvar el principio democrático amenazado por los gabinetes de Europa" (57). Esta defensa nos costó hace noventa y tres años la mitad de nuestro territorio, ¿cuánto nos costará hoy?

A nuestros abuelos les llamaba la atención, la juventud y el vigor físico de los oficiales inferiores, las canas y la gravedad de los superiores, formados indudablemente en los últimos hechos de armas contra los ingleses, en la escuela militar de West Point y en las campañas contra las tribus indígenas; el lujo de ambulancias y trenes, el tama-

ño y potencia de sus caballos y la calidad de sus armas y municiones de guerra, desconsolándoles el contraste que todo ello ofrecía con lo que estaban acostumbrados a ver en este género. La superioridad de su artillería en el abundante número y en el grueso calibre de las piezas con relación a su tamaño, en la ligereza del montaje y en la instrucción y copiosa dotación de sus artilleros, y sus armas de percusión (58).

Pronto corrió el rumor por toda la ciudad, de la llegada de los prisioneros, causando honda pena la desgracia que les había ocurrido, y la multitud se congregó a presenciar su entrada, pues eran considerados como héroes populares, en la lucha desesperada contra los invencibles invasores; D. Juan Climaco Rebolledo, según opinión de notables contemporáneos, sobresalía "por su valor, su moderación y su carácter humano y generoso" (59) y de mano en mano circulaban estos versos dedicados a él:

"Donde las toman las dan

Juan:

La codicia rompe el saco.

Climaco:

Nunca la prudencia es miedo

Rebolledo:

Ve con tiento al operar,  
No los gringos en un credo,  
te vayan a merendar;  
Juan Climaco Rebolledo.

Cubierta tu retirada  
Ten siempre, por Cristo, Juan,  
tu gente bien emboscada,  
que en esta tierra malvada  
"donde las toman las dan".

No fuertes pero seguido  
dale tus golpes, Climaco:  
Cachaza, calma, querido.

que el refrán es bien sabido:  
"La codicia rompe el saco".

Vete en tus maniobras quedo,  
ya tengas confianza o no;  
pues que lo dijo Quevedo,  
y si no, lo digo yo:  
"Nunca la prudencia es miedo".

Ten cuidado tú al obrar  
Ve seguro en el borrico;  
no te quieran merendar  
ni nos vayas a dejar  
como Dios pintó a Perico (60).

Los prisioneros fueron conducidos a la "Posada Veracruzana", e inmediatamente se les formó consejo de guerra. Rebolledo se presentó ante sus jueces, sereno y con su natural valor, los jueces lo "querían condenar a muerte, por su carácter de jefe, y mal prevenidos de resultas del gesto irónico, natural y permanente, en su cara. Su defensor, D. Diego Kennedy, ya nombrado por nosotros, trabajó no poco para persuadir al consejo de guerra, de que Rebolledo no se burlaba de ellos como creían (61), e indudablemente que también influyó en que algunos de los invasores encontraron en Rebolledo "a fine looking man of rather humane instincts" (62).

Mientras se resolvía su suerte y la de Covarrubias, tuvo la grandísima pena de saber que sus fieles ayudantes, García y Alcalde, el 23 de noviembre habían sido condenados a muerte por haber prestado juramento, en la capitulación de Veracruz, de no volver a tomar las armas contra el invasor.

Inútiles fueron todas las gestiones que hicieron para salvarlos las autoridades mexicanas, tanto civiles como religiosas, y el mismo Kennedy; las señoras jalapeñas se presentaron en masa, hablando en su nombre, D. José Ignacio Esteva; ni el aspecto de una preciosa niña de pocos

meses, hija de Alcalde, presentada en brazos de su madre, conmovió a los jefes americanos, que fueron inflexibles.

Al saber Rebolledo que en la tarde de ese mismo día, 23 de noviembre, sus dos compañeros serian trasladados de la Posada Veracruzana a la cárcel de la ciudad, en las Casas Consistoriales, pidió que se le concediese despedirse de sus ayudantes, cosa que luego se le otorgó. Los tres valientes, cuando estuvieron reunidos, tranquilamente conversaron, al despedirse se abrazaron, y haciendo el saludo militar se separaron.

Alcalde para agradecer todas las gestiones que se habían hecho en su favor le dirigió la siguiente carta al señor Esteva:

"A los Jalapeños y a todos mis amigos:—Jalapa No. 24 de 1845 (847). Mis amigos: me consta todo el empeño que han tomado para salvar mi vida y hasta el último momento les agradeceré lo mismo que si hubieran tenido efecto sus generosas reflexiones echas al Gefe de la fza. ecistente en esta ciudad: no se consiguió y muero conforme, porque muero por mi patria y solo les suplico que estos asesinatos no los enfrien para defenderla. A Dios mis amigos no olvidéis mi súplica, en esta inteligencia muero y muero contento su afmo. S. q. b. s. m. Ambrosio Alcalde".

Ya en capilla, en la noche se confesaron, "García —escribe Roa Bárcena (63)—, con el Cura Campomanes y Alcalde con el Padre Aguilar, guardián del Convento de San Francisco. A otro día muy temprano—24 de noviembre de 1847—, recibieron la sagrada comunión y en seguida las visitas de sus parientes y amigos. Ambos oficiales estaban serenos y resignados; se afeitaron y vistieron de riguroso uniforme, se desayunaron frugalmente, y Alcalde se hizo retratar por el pintor Castillo. Díjome que le enviara alguna pieza de ropa, y nunca olvidaré su voz dulce y tranquila, ni su apretado abrazo de despedida hasta la eternidad. La escolta aguardaba ya en la calle a los reos, que a pie y acompañados de un sacerdote, fueron llevados a la plazuela de San José y colocados a corta distancia de la pared

del cuartel. Alcalde solo, a instancias del sacerdote, se dejó vendar los ojos, y en pie y vitoreando a México, recibió en unión de García la descarga de los rifles norteamericanos".

Los cuerpos fueron llevados a la Parroquia, en donde permanecieron hasta la tarde en que fueron sepultados. La ciudad tuvo un duelo general y toda la población concurrió al sepelio, lanzando vivas a México; al pasar el cortejo frente a la Posada Veracruzana, el Gral. Patterson y sus ayudantes, salieron al balcón y, al ver el gran número de personas que seguían a los féretros y las muestras de dolor que daban, se retiró indignado y dando un fuerte portazo cerró el balcón.

Tras de grandes esfuerzos, Kennedy logró salvar a Rebolledo y a Covarrubias. El primero fué condenado a prisión, hasta el término de la guerra, y para cumplir su condena fué conducido a la fortaleza de Perote, en donde fué arrojado en un inmundo calabozo, y sufrió grandes malos tratos y molestias (64).

Durante su prisión, D. Juan Clímaco conoció a los principales jefes norteamericanos, que según Roa Bárcena (65), "Patterson, era como de cincuenta años, no muy alto; afeitado de la barba, grave y reposado en su fisonomía y ademanes. Twiggs era grueso y de elevada estatura, con la barba y el cabello largos y blanqueándole, brusco en sus movimientos, de carácter impetuoso y resuelto, y usaba el uniforme y la gorra azul de todos los regulares, sin más distintivo de su grado, que las abultadas estrellas en las anchas presillas... y el general en jefe enemigo (Scott) especie de corpulento león de piedra, con el rostro picado de viruelas, de fisonomía tranquila y vulgar, y que en su traje y porte no se distinguía de los demás jefes... En el porte de aquella gente grave y fría casi toda, no aparecía el orgullo, ni siquiera la satisfacción de la victoria, que nuestras razas meridionales no habrían sabido o podido ocultar".

El continuo trato con sus custodios, hizo que D. Juan Clímaco se acostumbrara a su extraña y áspera lengua, y

que al fin de su prisión, ya le fuera familiar y pudiera darse a entender sin necesidad de intérpretes.

Por fin, al cabo de seis meses de cautiverio, al firmarse la paz, fué puesto en libertad por los mismos invasores al abandonar Perote (66).

### III

Renaciendo la confianza pública, sobre las ruinas de la catástrofe ocasionada por la invasión americana, que en particular castigó rudamente al Estado de Veracruz, se reorganizaron las instituciones públicas. Entre los grandes problemas que encontró el gobierno local, fué el del bandolerismo, que hacía imposible la vida en el campo y llegaba la audacia de los malhechores hasta asaltar, a mano armada, algunas casas situadas en el centro de las ciudades. El comercio estaba paralizado, debido a los continuos asaltos a las recuas, a pesar de las escoltas que las protegían; y no se diga del servicio de las diligencias, "De Posta", que a menudo tenían que suspender sus viajes, por falta de mulas, que con frecuencia eran embargadas para conducir efectos del gobierno. Llegó a ser tan grande la inseguridad de los caminos, que cada viaje era una aventura temeraria, llena de sobresaltos y peligros, donde los viajeros perdían a menudo sus bienes y hasta sus vidas.

Infinidad de veces, en el curso del viaje, algo inesperado ocurría, . . . "entonces el sotacochoero interrumpía su canción; el canónigo se santiguaría y en los labios del barbilindo abogado se helarían las últimas difamaciones porque, a través de las ramas erizas de unos matorrales, habrían espejeado ya las brillantes bocas de los mosquetos. . . El cuadro, pues, se completaba; era el clásico asalto".

"En este trance, doce o catorce bandoleros se acercaban a la diligencia, apuntando resueltamente al fondo del carruaje. El capitán, enmascarado como sus secuaces, metía su cabeza por la portezuela para informarse de la

Los generales  
y jefes

calidad de sus clientes. Y antes de disponer nada, habiendo descubierto entre los viajeros a un sacerdote, le pedía la mano para besársela y hacía que se la besasen sus atiliados. Cumplido este piadoso requisito se intimaba a los hombres con el típico imperativo de ¡azorrillense. . .!, lo cual quería decir que los viajeros se pondrían a gatas y que, so pena de la vida, habrían de mantenerse con la mirada baja”.

“Venía luego el despojo. Dinero, alhajas, equipajes, y las ropas que vestían los pasajeros, hasta la última. A veces, cuando se trataba de un bandido generoso, había de por medio frases de urbanidad para las señoras y, aun alargando la munificencia, se tomaba del botín la cantidad precisa, que se entregaba a los viajeros, para que de regreso y a razón de un peso por persona, hubiera de pagarse la comida en la inmediata estación de posta”.

“Despedíanse los bandoleros, no sin ponerse de rodillas ante el canónigo para que los bendijera” (67). Los viajeros procuraban ocultar sus desnudeces y bajando las cortinillas del carruaje se continuaba el viaje.

Al llegar a Jalapa, tan luego como el administrador de la “casa de las Diligencias”, notaba que el coche llegaba con las cortinas echadas, ya sabía lo que había ocurrido, tras la diligencia se cerraban las puertas de la casa, y la servidumbre acudía con gran número de mantas para que los viajeros pudieran dirigirse a las habitaciones que se les destinaban, mientras podían procurarse las ropas necesarias.

En vista de la situación y del clamor público, el Gobernador del Estado comisionó a D. Juan Clímaco Rebolledo y al Capitán de guerrillas Prieto, para la persecución de los maleantes.

Rebolledo tan luego como recibió su nombramiento, trabajó activamente, logrando en poco tiempo que la seguridad y la tranquilidad renacieran (68). Con su energía peculiar consolidó por algún tiempo el orden, y cuenta la tradición, que un connotado asesino había logrado bur-

larlo, pero cayó al fin preso en Perote. D. Juan Clímaco, sabiendo que se movían influencias políticas para salvar al criminal, salió de Coatepec con un grupo de sus fuerzas, se dirigió a Perote, extrajo al reo, y lo condujo a Coatepec, en donde para escarmiento lo fusiló.

El Gobierno de Veracruz decidió premiar a los heroicos defensores del Puerto, en 1847, cosa que comunicó a Rebolledo en el siguiente oficio:

“Gobierno del Estado Libre y Soberano de Veracruz.—El bizarro comportamiento que Ud. como comandante de las compañías de Guardia Nacional de Coatepec en el asedio y bombardeo que sufrió la Plaza de Va. Cruz por las fuerzas de los Estados Unidos del Norte de América en Marzo del año de 1847, lo ha hecho con justicia acreedor a la medalla decretada por el H. Congreso de este Estado, como distintivo honorífico a los que como Ud. cooperaron a la gloriosa defensa de aquella Plaza en la época referida. En consecuencia es grato al que suscribe acompañar a U. el diploma de la enumerada medalla, como una muestra del aprecio q. por mi conducto le tributa el Estado de Va. Cruz por los importantes servicios prestados en la defensa de su capital. Sírvase U. pués recibir dho. diploma, así como las seguridades del aprecio y consideración del que suscribe.—Dios y Libertad.—Jalapa, Junio 6 de 1849.—Juan Soto.—Sr. Teniente Coronel Juan Clímaco Rebolledo.—Coatepec” (68).

El Congreso veracruzano, el 25 de octubre de 1848, concedió a Coatepec el título de Villa, como recompensa de los servicios prestados durante la invasión americana. Para celebrar este acontecimiento se organizaron festividades, en las que tomó parte principal D. Juan Clímaco Rebolledo. Las fiestas duraron ocho días, se hicieron cinco corridas de toros, diez tapadas de gallos con dos mochileres de 50 y 50, dos carreras de caballos de \$ 100.00 cada una, fueron elevados dos globos y se representaron dos comedias, haciéndose bailes muy elegantes todas las noches de aquellos días (69).

La nación gozó de unos años de paz, los cuales Rebo-

lledo pasó al lado de su esposa y de sus hijos. Habitaba su casa —construida al final oriente de la entonces calle principal, reduciéndola considerablemente, por dar frente hacia el Oeste y al Sur, estando rodeada por solares sembrados de tabaco y árboles frutales (70)—, en Coatepec, villa situada al pie de las fértiles faldas del Cofre de Perote, ocupando un hermoso plano, circundado por dos ríos, cuyas márgenes son verdaderos vergeles, ofreciendo a la vista pintorescos paisajes.

A mediados del siglo XIX, las anchas calles de la Villa, estaban casi todas empedradas, presentando un aspecto agradable las amplias casonas de grandes aleros, generalmente de un solo piso. La plaza principal era un amplio cuadrilátero, limitada al oeste por las casas municipales, al este por la parroquia antigua y de irregular construcción, al norte y al sur por casas particulares teniendo algunas portales; al centro de la plaza el único adorno era una sencilla fuente.

La villa contaba con otro templo, el dedicado al Sagrado Corazón, sencillo pero de agradables proporciones, y estaba por concluirse el hermoso santuario guadalupano.

Los habitantes de Coatepec tenían costumbres particulares —que han desaparecido—, “los hombres, allá por el año de 1850, usaban un pantalón llamado de “tapa-balazo”, regularmente de color azul, con botones por los lados y abiertos de la rodilla hacia abajo hasta los pies, saco corto hasta la cintura, para lucir la banda bordada que servía de cinturón, sombrero de copa muy baja y muy alón y zapatos regularmente bayos llamados de dos riendas” (71).

“En aquellos tiempos, 1850, las señoras se cubrían casi todo el cuerpo, adornándose moderadamente la cabeza y los trajes llegaban hasta el suelo sin poder verseles ni siquiera los pies. Entre las pudientes se usó para las faldas un molde que llamaron “crinolina” de alambres forrados y graduados de tal manera, que formaban precisamente la figura de una campana, y sin más tápalo que un chal delgado de finísima seda” (71).

Como la mayoría de los habitantes se dedicaban a la agricultura, eran “gente de a caballo”, así el que lo tenía, era su lujo sacarlo después del almuerzo a la calle (amarrarlo) a una ventana o a una piedra que de propósito sobresalía de la pared y ahí estaba todo el día y con toda naturalidad y obediencia, que el que pasaba por la banqueta se bajaba a media calle para salvar aquel paso y después subía de nuevo a la aguadera (banqueta). Si había que ensillar, debía ser precisamente en la calle, aun cuando en el interior de la casa hubiera patio suficiente para hacerlo. En las cabalgaduras se usó un gran mantillón de cuero o de lienzo, que cubría casi todo el caballo, ronderillo y gargantón de cerda y cabezadas plateadas lo mismo que el freno y la cabeza de la silla” (72).

En las grandes festividades civiles o religiosas, una de las diversiones favoritas eran las peleas de gallos y los toros. Los propietarios de los animales de pelea, “los bañaban en revolcaderos que hacían pegados a las paredes de sus casas, donde, uno que los cuidaba, ordenaba a todo el que pasaba que saliera a media calle para no pararlos” (73). Muchos de estos animales peleaban en los palenques de El Encero o de Manga de Clavo. Para las corridas de toros se formaba el coso en la plaza de la Villa. Además de esto los indígenas de la localidad, acostumbraban ejecutar antiguas danzas, llamadas de los Santiagos, Tocotines, la de los Negritos y la de los Jarilleros.

Don Juan Clímaco era rumboso y obsequioso con sus amigos, lo que le hizo muy popular en su tierra natal, siendo verdaderamente un patriarca y ejerció gran influencia entre todos sus conterráneos.

En los días de su santo, organizaba grandes festejos y comelitones aparte de una diversión que se celebraba el día de San Juan, frente a las casas donde habitaba alguno de este nombre, y consistía en que “colgaban de las patas un gallo sujeto a una reata atravesando la calle, a tres metros de altura más o menos. Se formaban grupos de treinta, cuarenta o más de a caballo y a cincuenta metros de distancia, desprendían sus corceles y el que llegaba pri-

mero desprendía el animal de un jalón y seguía corriendo y los demás pretendían quitárselo a la fuerza. Este se defendía con el mismo gallo, de donde resultaba que al terminar el día, después de sacrificar bastantes gallos, los caballos terminaban empapados en sudor y sus jinetes de sangre" (74).

Con toda solemnidad se celebró la toma de posesión de la Presidencia de la República, por el Gral. D. Mariano Arista, efectuada el 15 de enero de 1851. Al poco tiempo, Rebolledo recibió una invitación del Ministro de la Guerra para que pasara a la capital de la República. D. Juan Clímaco inmediatamente arrojó sus maletas y emprendió el viaje.

Se presentó al Ministerio, y con gran sorpresa suya se le intimó a que se diera preso, "por temores que de él se tenían" (75); y durante seis largos meses, tuvo que soportar todas las penalidades del cautiverio, agravadas por la falta de recursos, pues se le habían suspendido sus pagas. Juzgando que estaba preso sin motivo, se fugó de la prisión y se dirigió a Veracruz, resuelto a pronunciarse contra el gobierno que lo había "abatido y ofendido" (76).

La Navidad del año de 1851, se celebraba alegremente en Jalapa, las familias se congregaban en suntuosas cenas y "acostamientos", en la iglesia parroquial se solemnizó con una Misa de gallo, la que ofició el Sr. Cura Párroco Palacio. Al salir de la Misa, de una manera intempestiva, corrió de boca en boca, el grito de: ¡Hay viene Don Juan Clímaco! Desde este momento todo fué confusión y desorden, cada quien se encaminó a su casa lo más pronto posible, quedando las calles desiertas. La noche se pasó en la mayor intranquilidad, pero Don Juan Clímaco no se presentó, pues asistía a una gran cena que ofreció a sus amigos, en su casa de Coatepec.

Lo que se esperaba la noche del 24, ocurrió en la madrugada del 26, cuando el fiel ayudante de Rebolledo, recorrió las calles de Coatepec, batiendo su tambor, al estallido de los cohetes, de los repiques de las campanas

y a los gritos de "Viva Don Juan Clímaco". El pretexto del pronunciamiento era pedir la derogación del sistema de alcabalas, que se había restablecido.

Don Juan Clímaco al frente de ochenta o cien hombres marchó inmediatamente contra Jalapa. Después de batir a la guardia del Palacio, se apoderó de éste, resultando tres heridos de los asaltantes y un muerto, contándose entre los primeros al mismo Rebolledo. Los atacantes se fortificaron en la Parroquia y en el Convento de San Francisco.

El Gobernador del Estado, tan luego como tuvo conocimiento de los acontecimientos, se situó en la plazuela de San José, con objeto de batir a los pronunciados, con las guardias nacionales que se le reunieron. El Gobernador recibió una nota de Don Juan Clímaco en la que pedía la derogación de la ley de hacienda número 156, que debía de regir en el Estado, y manifestaba que tal era el único objeto del levantamiento; la respuesta del gobernante fué digna y enérgica, exigía al jefe de los sublevados que se rindiera, dándole un plazo de dos horas para que depusiera la armas en el concepto de que no hacerlo, se tomarían otras providencias.

El Gobernador dispuso hacer cumplir sus órdenes, ordenó al Comandante Nicolás Saldaña se situara también en San José, y que el Gral. Don Domingo Echagaray, se alistara para marchar al ataque, con una columna. Los sublevados evacuaron la ciudad antes del término fijado por el Gobernador, "dando el escandaloso espectáculo de salir sin ser hostilizados, unos cuantos individuos con su jefe herido, de una ciudad donde estaban reunidos más de cuatrocientos guardias nacionales bien armados y municionados" (77). Como dato curioso, asentaremos que uno de los primeros partes que transmitió el telégrafo electromagnético, que llegaba en esos días hasta Nopalucan, fué el relativo a los acontecimientos antes relatados.

Los pronunciados se dirigieron a Coatepec y de allí a Teocelo, donde se mantuvieron en actitud hostil, hasta enero de 1852. El 8 de ese mes llegó a Jalapa el tercer